

Director Riccardo Cascioli

HECHOS PARA LA VERDAD

CORRUPCIÓN

Caso Epstein: una lección sobre el poder en este mundo

CULTURA

03_02_2026



Riccardo
Cascioli

United States Marshals Service - LIMITED OFFICIAL USE
USM-129 Individual Custody/Detention Report
USMS Number: 76318-054 FID: 10127184

I. IDENTIFICATION DATA

DEMP NUMBER: 76318-054	NAME: EPSTEIN, JEFFREY EDWARD
ADDRESS: 9 EAST 71ST NEW YORK, NY 10021	PHONE: [REDACTED]
DOB: 01/20/1953	AGE: 66
POB: BROOKLYN, NY	

SEX: M RACE: W HAIR: BRN EYE: BLU HEIGHT: 6'00" WEIGHT: 185
SSN: (6), (b) (7)(C) FBI NBR/UCN: ALIEN: NO

OTHER NUMBER OTHER NUMBER TYPE ISSUE DATE
Passport Number
Passport Number
Originating Police or Identification Number
Originating Police or Identification Number
Passport Number

03/08/2019

CAUTIONS REMARKS
Suicidal Tendencies

ASSESSMENT DATE

TAKEN? DEPUTY

LAW ENFOR

U.S. Department of Justice
United States Marshals Service

Taken into Federal custody by the following:
 Street Arrest (not from a correctional detention facility)
 Custodial Arrest (from a correctional detention facility)

BIOGRAPHICAL INFORMATION

Last Name: EPSTEIN	First Name: [REDACTED]
Sex: M	F Transgender
Hair: [REDACTED]	Eye: [REDACTED]

Como era de esperar, la difusión el 30 de enero de otros 3 millones de páginas entre las que se incluyen 2.000 vídeos y 180.000 imágenes de los llamados *Epstein Files* ha desatado una oleada de polémicas y ataques mutuos. Aún faltan otras dos millones de

páginas, que son las que más deberían hacer reflexionar. De hecho, el fiscal general adjunto Todd Blanche ha dicho que estos documentos e imágenes no se han publicado porque se refieren a “imágenes de abusos sexuales, pornografía infantil, muerte, lesiones y abusos físicos”.

Por increíble que parezca, esta última declaración es también de la que menos se habla. Es más, prácticamente no se menciona: es mucho más interesante centrarse en la implicación del presidente estadounidense Donald Trump o del expresidente Bill Clinton, en las enfermedades venéreas que habría contraído el fundador de Microsoft, Bill Gates, o en las perversiones del príncipe británico Andrea. Es decir, el interés de los medios de comunicación se centra en la instrumentalización política que se puede extraer de ello o en la curiosidad morbosa que generan ciertos personajes.

En cambio, el caso Epstein debería tomarse sobre todo como una lección sobre el poder o, mejor dicho, sobre el poder que gobierna este mundo. Empecemos por la figura clave: Jeffrey Epstein, cuya carrera comenzó enseñando matemáticas en una escuela secundaria para luego llegar a las finanzas y escalar hasta la cima, se dice que gracias a una extraordinaria capacidad para tejer relaciones sociales. Sin embargo, sigue siendo un misterio cómo el hijo de un jardinero y una ama de casa de Brooklyn pudo convertirse de la nada en un multimillonario capaz de manipular a políticos y empresarios de medio mundo. Y es cuanto menos curioso cómo pudo llegar a gestionar impunemente un auténtico tráfico de seres humanos cuando, cuando tenía poco más de veinte años, ya había sido denunciado en la escuela donde enseñaba por su morbosa atención hacia las alumnas menores de edad. También resulta sorprendente cómo pudo desarrollar su vil negocio después de una primera condena leve obtenida con un vergonzoso acuerdo judicial en 2008 por explotación de la prostitución: 18 meses de prisión, posteriormente reducidos a tres meses y medio, más otros diez meses escasos de salida diaria para ir al trabajo.

Hasta su segunda detención en 2019 por denuncias que evidentemente ya no podían ignorarse, a lo que se sumó la incautación de los documentos, imágenes y vídeos de los que se habla estos días, Epstein construyó una increíble red de relaciones internacionales influyentes que involucraban a políticos de peso (uno de ellos, el ex primer ministro israelí Ehud Barak), servicios secretos de países como Rusia e Israel, empresarios multimillonarios, todos ellos susceptibles de ser “chantajeables” o chantajeados.

Y aquí está la clave: las personas que visitaban las residencias de Epstein, incluida la famosa isla privada caribeña Little Saint James y el uso de su avión privado no

pertenecían solamente a un color político ni a una bandera nacional. Aunque las donaciones electorales estadounidenses de Epstein favorecían claramente al Partido Demócrata, las “amistades” iban mucho más allá, eran transversales y transnacionales. Y la capacidad de influir en la vida personal, los negocios y las decisiones políticas y económicas también.

No en vano, tras la publicación de los primeros archivos ya en septiembre, fue destituido como embajador británico en Estados Unidos Lord Peter Mandelson, quien ahora se ha descubierto que pasaba información confidencial a Epstein cuando era ministro de Economía en el Gobierno de Brown; mientras que en Eslovaquia ha tenido que dimitir el asesor de seguridad del primer ministro Fico, Miroslav Lajčák; y no hablemos del caos provocado en las familias reales británica y noruega.

Por supuesto, también hay que tener cuidado de no meter a todos en el mismo saco: no todos los nombres que aparecen en los *Epstein files* son necesariamente culpables de delitos, pero el funcionamiento del poder queda claro: hay un nivel superior, desconocido para la mayoría, que, aprovechando las debilidades y perversiones y utilizando el arma del chantaje, condiciona de diversas maneras a gobiernos, parlamentos y economías.

Y es algo que va mucho más allá de la satisfacción de los vicios y perversiones que los ricos y poderosos creen poder permitirse. No estamos hablando de cosas similares a las “cenas elegantes” de Arcore, quizás en una dimensión extragrande: aquí estamos en otro nivel, el que selecciona quién cuenta y quién no. Y la alusión del fiscal general adjunto Blanche a muertes, torturas y pornografía infantil hace pensar más bien en una élite vinculada también a ritos iniciáticos y satanistas.

Más de 1.200 son las víctimas identificadas, ha asegurado Blanche, una cifra enorme: 1.200 chicas, muchas de ellas menores de edad, sacrificadas en el altar del poder, utilizadas como objetos de placer, reducidas a esclavas sexuales, torturadas y luego abandonadas como trapos inservibles. El caso más conocido es el de Virginia Giuffré, la gran acusadora del príncipe Andrés, además de Epstein y su cómplice Ghislaine Maxwell, que se suicidó en abril de 2025 y cuyas memorias se publicaron póstumamente (*Nobody's girl*, “La chica de nadie”). Pero como ella, todas las demás.

Porque el poder del mundo es así, hay muchos “sistemas Epstein” que no reconocen la dignidad de las personas hechas a imagen y semejanza de Dios, que las utilizan para sus propios fines, que siembran sufrimiento y muerte destruyendo todo lo que es humano.

Por eso no basta con indignarse o simplemente señalar con el dedo como si fuéramos simples espectadores lejanos o nos consideráramos inmunes al encanto que ejerce el poder. Y mucho menos estamos llamados a participar en el juego de “quién es más corrupto” para que prevalezca un partido político sobre otro.

En cambio, estamos llamados ante todo a reconocer que solo la pertenencia a Cristo y a la Iglesia nos da a nosotros y a cada uno la plena dignidad humana, nos libera de este Poder y nos hace capaces de construir lugares de humanidad que pueden generar esperanza y vencer esta vergüenza que sabe a muerte.